

"ISRAEL A LA LUZ DE LA UNIDAD CRISTIANA"

EL anuncio del Concilio Ecuménico ha sacudido la conciencia cristiana. Nos atrevemos a afirmar que, tanto como este anuncio, ha hecho vibrar la noticia de que su principal designio será preparar los caminos que puedan conducir las comunidades disidentes al seno de la Iglesia romana. Nos consta que esta decisión ha sido acogida por muchos disidentes con respeto y buena voluntad, y por los católicos con inmenso júbilo.

La unión de los cristianos es un anhelo común. El Espíritu Santo, como director de una invisible orquesta, inspira este deseo a innumerables almas, eco del postrero de Cristo, antes de consumir su sacrificio—"que todos sean UNO para que el mundo crea que tú me has enviado". No pocas de las comunidades cristianas disidentes sirven con sinceridad a este ideal de unidad. No digamos ya entre los católicos: es algo que está en nuestra misma entraña, y gustosos daríamos nuestra vida por consumir esta unidad, cuya prenda es nada menos que la oración, infaliblemente escuchada, de Jesús.

¿CUALES serán los caminos de la restauración de la unidad? La suprema autoridad pontificia y el Concilio lo dirán ya sin mucha demora. Sin embargo, basados en el espíritu cristiano, en los procedimientos de los últimos Papas y, singularmente, en algunas frases de Juan XXIII, creemos que podemos intuir las sendas de la unidad. Mejor dicho, la senda; ésta será única, la caridad.

DIVERSOS ASPECTOS DE ESTA UNICA SENDA

a) Comprensión mutua:

SOSPECHAMOS que el Concilio no abrirá ningún proceso histórico acerca de las causas de la secesión. Esto no conduciría a nada constructivo y menos a la unificación. Tampoco habrá juicios acusatorios contra nadie. La separación es obra del pecado; pero en este pecado, como causa destructiva de la unidad, puede intervenir, además de los que rompieron la unión, el pecado de los que contribuyeron a esta situación con sus faltas o incomprendiones. Así, que sólo a Dios corresponde el juzgar de la responsabilidad personal de los autores inmediatos de las rupturas.

La Historia es maestra de vida; cuando se estudia un poco a fondo la separación de Oriente, nos encontramos con legados de Roma en Constantinopla, que no sabían griego y no entendían de lo que se trataba en las asambleas; cruzados latinos tratando cruelmente a obispos orientales, "haciéndose detestables a los ojos de los griegos, como perros, por sus crueldades"; la frase es del Papa Inocencio III.

Mejor que indignarnos es ser humildes y comprensivos con los no católicos. Los hemos de amar sinceramente, por su fe en Jesucristo y porque la mayor parte están bautizados en su nombre.

b) Amor fraterno:

EL mandamiento clave del Cristianismo, que obliga también a los hermanos separados, es la caridad. Es el sello de nuestro nombre cristiano.

Nuestro amor al hermano disidente se ha de basar en una profunda humildad de corazón. Sabemos que la Iglesia católica es la única verdad, pero nosotros, como individuos, no somos la verdad, sino—muchas veces—malos servidores de ella. La Iglesia nunca ha pensado que todos los que

se cobijan bajo su techo sean necesariamente buenos, y los de fuera, necesariamente malos. Bueno es el que es fiel a la verdad, y esta fidelidad no se mide por gestos externos, brota del corazón.

Examinemos seriamente nuestra conciencia; muchas veces hemos sido nosotros mismos, con nuestro proceder egoísta, los que hemos ocultado la hermosura de la Única Esposa de Cristo a los

ojos de los disidentes. Cuando nuestro corazón no anide más que amor y no destelle más que amor hacia todos los cristianos, entonces resplandecerá ante todos la arrebatadora hermosura de la

Esposa de Cristo; todos nos sentiremos a una misma Mesa y seremos UNO.

Este es el camino real del encuentro.

c) Oración:

La obra gigantesca de la reunificación ha de ser acción exclusiva del Espíritu Santo, ora se valga de la suprema autoridad pontificia o de la decisión conciliar. El, el Espíritu Santo, es quien se ha de derramar en nuestros corazones para renovar la faz de su Iglesia. "Espíritu de Unidad", le llama San Pablo, y es esa su función específica, sea en el seno de la trinidad indivisa de Dios, o en el seno de la única Iglesia de Cristo.

Invoquémosle, para que acelere por "sus caminos"—no los "nuestros"—la unidad del rebaño cristiano. No se hará el sordo a nuestra llamada.

Tengamos siempre presente, al pedir la unidad, el deseársela como la entiende y quiere Dios. Nosotros estamos cargados de prejuicios y fácilmente confundimos, tomando por esencial lo que en realidad son accesorios de nuestros personalismos egoístas, sean raciales, culturales o geográficos.

Que el Espíritu Santo nos des cargue de nuestro egoísmo; así quedará expedito el camino de la unidad.

Pero... para aligerarse del egoísmo hay que sufrir—¡somos tan íntimos a nuestros sentimientos!—. De ahí el sacrificio, que es la versión heroica de la oración.



incunable

PERIODICO SACERDOTAL Número 120 - Mayo 1959 - Redacción: San Pablo, 17 - Salamanca

Administración: Vallehermoso, 33 - Tel. 570804 - Apdo. 10.059 - Madrid

VOLUMEN III PRECIO DE SUSCRIPCION: 60 PESETAS - EXTRANJERO: 1,70 DOLARES NUMERO SUELTO: 8 PESETAS.

Depósito Legal: M. 877-1958.

sentido de una medida editorial

FUE primero un rumor, que nos llegó por medio de la Prensa sensacionalista, y después una noticia ya confirmada: en todas las iglesias de Roma se había recibido, en víspera del Viernes Santo, la orden de omitir, en el canto de las oraciones mayores, toda alusión a la "perfidia", refiriéndose a los judíos.

Sabemos bien que está tomada de San Pablo, y que el sentido que hoy tiene la palabra perfidia en el lenguaje vulgar no es el que quería darle la Iglesia en su lengua litúrgica; sabemos bien que, desgraciadamente, la abrumadora mayoría del pueblo judío sigue al margen de la verdadera fe, y puede, por consiguiente, ser considerada como "pérfida" en el sentido genuino de esta expresión. Pero no sabemos menos que a muchos la expresión dolía profundamente, no sólo entre los judíos, conversos o no, sino también entre los católicos (personalmente recordamos el sollozo que casi siempre solía acompañar a esta expresión cuando oficiaba el llorado señor Arzobispo de Valladolid, García y García). Y si es cierto que toda firmeza, que todo combate, son pocos cuando se trata de defender el castillo roquero

de las ideas, de lo dogmático e inmutable, no nos parece menos cierto que no hay por qué hacer tragedia de la supresión de estas otras cosas, enteramente occidentales, que hieren sin necesidad y que muchas veces, habida cuenta de la naturaleza humana, pueden ser un obstáculo tremendo en el camino hacia la verdad. El Papa Juan XXIII encuentra, estamos ciertos, su decisión clamorosamente acompañada por el cariño y el entusiasmo de muchísimos católicos, que sólo desean que cuanto antes se vayan dando otros muchos pasos similares que tanta falta están haciendo.

Ensancha el ánimo la significación de la medida. Y es buena respuesta a quienes, con intención que no nos metemos a juzgar, airearon en los últimos meses de la vida de Pío XII una tensa y desagradable audiencia de Pío IX con dirigentes judíos, cuando ya estaba completamente olvidada. Ciertamente hay una diferencia profunda entre el sentir de quienes lo hicieron y el de la Iglesia, nuestra madre, al suprimirlo en su liturgia.

INCUNABLE

EL PUESTO DE ISRAEL EN LA UNIDAD CRISTIANA

EN esta vibración, despertada por la inminencia del Concilio Ecuménico, está ausente, en no pocos cristianos, la nostalgia por la reintegración de Israel. Estos equiparan a los judíos con los paganos. Piensan que, respecto a su "conversión", hemos de proceder de la misma forma que con la inmensa masa pagana. Sin embargo, el día que Israel entre en la Iglesia, no será por vía de "conversión", sino por maduración. Los judíos son cristianos sin madurar. Nos apoyamos en San Pablo al decir esto: "Si su caída ha sido la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!" (Rom. 11-12).

Vamos a tratar de demostrar que Israel está en el mismo fondo del problema de la unidad cristiana y que nuestras relaciones con los judíos han de estar cimentadas sobre el convencimiento de su estrecha conexión con nuestra fe cristiana.

Examinemos serenamente lo que nos une a Israel; quedaremos sorprendidos al ver la riqueza y fecundidad de nuestro patrimonio común.

PUNTOS DE CONTACTO

Fe en lo sobrenatural: Toda comunidad se define por contraposición al ambiente que la rodea; fuera de judíos y cristianos, nuestro entorno lo constituye un mundo que no cree en lo sobrenatural, un mundo que, como dijo Pío XII, "ha recaído en gran parte en el paganismo".

Al hablar así nos referimos tanto a la inmensa porción de la Humanidad que yace en las sombras del comunismo ateo, como a ingentes multitudes del mundo libre, cuya única diferencia de las otras es el signo burgués de su incredulidad.

Los cristianos y los judíos creemos en lo sobrenatural, creemos en la intervención amorosa de

(Pasa a la pág. 8.)